

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En la capital: un mes, UNA peseta; trimestre, 3  
Fuera: trimestre, 4'50  
ÚNICO PUNTO DE SUSCRIPCIÓN  
Calle Miñana, 7 y 9.-Valencia

DIARIO DE NOTICIAS  
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA  
5 céntimos en Valencia  
Fundador: Excmo. Sr. D. M. M. Santa Ana.—Propietario: D. F. Paris Hencheta

CUATRO EDICIONES DIARIAS  
Tres para fuera y una para la capital  
Servicio telegráfico y telefónico ilimitado  
Remitidos y esquelas mortuorias á precios convencionales.

AÑO XXXVI.—Núm. 15.707

VALENCIA VIERNES 13 JUNIO 1918

Oficinas Miñana, 7 y 9

## Oculista de Santa Bárbara

Corrección rápida de las enfermedades de los ojos.  
Tratamiento especial para las granulaciones.  
Calle de Orlán, 31, bajo, Valencia

## Exportadores e Importadores

Un caballero de 29 años de edad, casado, que habla el inglés, español, francés y bastante el alemán, desde hace ocho años en casa inglesa gran importancia, muy al corriente de todos los asuntos de oficina, y con la experiencia de un viajero en varios países de Europa, aceptará inmediatamente en casa que quiera persona de confianza, hasta el 15 del actual, calle Alfredo Calderón, 8, y después de esta fecha á 9, Washington Street Hall (Inglaterra).

## A los propietarios

Las listas de cien hojas de recibos salariales para el pago de alquileres. De venta en la Administración de este periódico al precio de una peseta.

## Crónica política

Madrid 12.

La crisis presente, que á primera vista despertó mucho, y á muchos, es, según opina ya generalizada á estas horas, casi lo que se pudiera decir una comedia. Piensan muchos que en todo lo ocurrido hasta ayer mañana, no hay otra cosa que una habilidad suprema, verdaderamente maravillosa, del conde de Romanones. Alguien decía ayer á última hora: «Es equivocado lo que aseguran que es el conde una caricatura de Sagasta. Es una caricatura que pareciera mucho al original».

Respectivamente, la opinión general señala que es una habilidad suprema en la actuación de los últimos sucesos políticos. Si lo que se ha propuesto es no abandonar poder hasta entregarlo en manos de los conservadores, hasta hoy precisa reconocer que lo va consiguiendo. Estuvo hábil, habiéndose esquivado las consultas en aquellos días de enero, que tantos acontecimientos trascendentales provocó. Estuvo hábilísimo también buscando la ocasión de celebrar las consultas en un momento, como el de la crisis anterior á la de ahora, cuando no estando liquidado el debate político todos los consultados habían de asejarse al Ray la continuación del conde, para volver al Parlamento á liquidar el debate.

Y hallándose luego en presencia de un conde serio está hábil como antes, acaso más que nunca, planteando la crisis en la forma que lo ha hecho. Dimitan los ministros, si no puede haber consultas. Reorganiza á su gusto el Gabinete, dá el proyecto al Parlamento y tiene así hecho un seguro de vida ministerial por unos meses. Se asegura por lo menos el verano. Esto parece que era lo que se buscaba, y no parece que es lo que se logra.

«A costa de qué? Se habla tanto, se dicen tantas cosas... Los amigos incondicionales del conde dicen que ya era hora de que se acabara con la caparrosada influencia que los elementos católicos del partido liberal han venido ejerciendo en nuestra política. Un diputado adscrito al jefe del Gobierno decía ayer en el Congreso, hablando de Montero, que hasta en el hecho representaba una rama fossilizada. «¿Sabrá que García Prieto votara en favor de las Mancomunidades y en cambio lo liberan en contra todos sus amigos. Se mostraban júbilos diciendo que el conde había triunfado de los viejos que son una rómora y se habla consagrado, arrojando la lastre, jefe del partido liberal».

Los conservadores y prístinos decían que lo ocurrido era una verdadera traperacería del conde que atanto solo á mantenerse en el poder, había deshecho el partido liberal, burlando al Parlamento, arrojando hombres de gran historia y prestigio, burlando á los conservadores con el cebo de hacer parte integrante del programa del partido las Mancomunidades, cuya aprobación no vendrá ni ahora ni nunca. Afirman que lo que Romanones acaba de hacer es de las cosas que se pagan caras en política.

Los conservadores se muestran impasibles ante los acontecimientos. Solo dicen que cuando crevieran á lograrse dividir al partido conservador, lo que ha pasado es que se ha dividido el partido liberal y se ha deshecho el partido republicano. Solo nosotros, dicen, seguimos donde estábamos y como es habitual.

De algún tiempo á esta parte ha surgido un hecho que por el costumbre se va consagrando y que merece la pena de que el conservador lo subraye. «Haya ó no consultas, cada vez que surge una crisis todo el mundo se cree con derecho á dar consejos á la Corona. Y surgen unas listas oficiales de aquellos señores significativos en política, que no tienen acceso á la opinión sobre la forma en que la crisis debe ser resuelta. Los periodistas hacemos en esto un negocio casi colosales acogiendo y publicando esas listas».

En estas horas Romanones, autorizado para constituir el Gabinete, se ocupa de ello. En una misma tarde jurarán los nuevos ministros. El teléfono anticipará los nombres de los nuevos.

«Somos en creer que se acabaron los días, como venimos diciendo desde hace tiempo de Poincaré, se hará otra tentativa de gobernar con ellos. Y Romanones triunfador en este verano siendo jefe de Gobierno, en los asuntos de África no le quitan el

## Palique semanal

Desde Madrid

¿Cabe que se diga de un hombre que está enfermo por exceso de salud? Yo lo he oído decir, alguna vez, á persona indiscutiblemente perita, y, mal comprendiéndola, di por buena la paradoja.

En el momento presente y aunque no en el orden patológico, se está dando ese fenómeno. ¿Lo duda el lector? Examine los hechos con nosotros y se convencerá de la realidad.

El señor conde de Romanones tiene la confianza de la Corona. Se la ratificó hace diez días. Tácitamente, á firmar los decretos admitiendo la dimisión al presidente y á dos de los vicepresidentes de la Cámara senatorial, ha vuelto á ratificársela.

El señor conde de Romanones tiene á su devoción la mayoría en ambas Cámaras. No se ha probado, sería innecesaria la prueba, respecto de la popular. Se ha puesto de manifiesto que dispone también de la otra. El lo cree. Los regionalistas de la Mancomunidad lo han pregonado. Y nosotros no tenemos por qué disentir.

Pues además de estas dos confianzas, la de la Corona y la de las Cortes, contaba el conde con la plena y absoluta de sus compañeros de Gobierno, totalmente acordes en el pensamiento y en la acción.

La salud era completa. Por el lado de la Corona todo eran para el Gobierno rosicleros; por el de las Cortes, perspectivas deliciosas; por el de los ministros, con su estrecha inteligencia, con su fuerte solidaridad, solo podían augurar venturas.

Decir que el conde de Romanones en el Congreso, con su elocuencia y con su discreción, ha triunfado de Maura y de Mella y de D. Melquíades, sería afirmar lo que nadie pone en tela de juicio.

Decir que tiene aquellos altos asentimientos, sin los cuales no se puede gobernar, equivaldría á proclamar la evidencia.

«¿Es posible que en medio de tan favorables circunstancias, con horizontes llenos de luz y marchando por caminos llenos de flores, surja una crisis?»

Que es posible no se puede negar, porque el hecho de su planteamiento lo acredita; pero yo no acierto á definir el carácter de esta crisis; yo no veo su constitucionalidad. No han chocado las iniciativas de los ministros con los deseos de la Corona. Tampoco, según él, ha recibido el Gobierno la repulsa de una votación adversa de las Cámaras. Y en el seno del Consejo todo ha sido conformidad, unanimidad y cordialidad en los propósitos y en la manera de cumplirlos. Entonces, ¿cómo surge la crisis? ¿Por qué la crisis? ¿Cómo se puede llamar á esta crisis? ¿La del exceso de salud? ¿La de la plétora de triunfos y de satisfacciones?

No; esta crisis es inexplicable é incalificable, ó no se puede explicar ni calificar como no se llama á la crisis de la estrategia. Si no se ha hecho para huir del Parlamento, no tiene siquiera explicación; pero si responde al anhelo de conservar la vida, aunque con daño del honor político, ¿qué no dirán contra ella y sus autores los regionalistas al ver que queda empujantado de nuevo el proyecto de ley de Mancomunidades; que no dirán los republicanos y socialistas en razón al de la reforma de la ley de Jurisdicciones, y que los demócratas y los liberales todos al observar que no se gobierna con el concurso de las Cortes, sometiéndose á su fiscalización, sino con la confianza de la Corona y la dictadura de la Gaceta?

Como estamos en el pleno imperio de la que ha llamado un gran orador la *diabólica de los mosas*, con los cuales se hieren los oídos plebeyos, aun cuando no se tenga razón, no me sorprenderá que sigan alardeando de liberales y de demócratas y que continúan merodeando, ellos sabrán por qué, la benevolencia de los republicanos, unos hombres que han vivido seis meses, y se disponen á continuar tres ó cuatro más, fuera del Parlamento, con la colaboración ó con la complicidad de una prensa á la que puede aplicarse aquella fe frase de Costa, ya que en realidad la labor que viene haciendo es la de esparcir la niebla, y que sigan, en cambio, afirmando que la negación de los procedimientos liberales y democráticos la simboliza el partido conservador, en la persona de su jefe, ese reaccionario ultramontano y archiericleral persona que no sabe ni quiere gobernar sino con luz y con taquígrafos y que jamás se ha burjado á las miradas ni á las censuras de la opinión, ni nunca se procuró aquellas captaciones de tribuna y prensa que permiten prolongar, si es que no logran que prevalezca, el engaño.

Esta última *habilidad* del conde de Romanones es, sin embargo, tan grave, que no parece que pueda quedar en su día sin dura sanción.

## La cuestión política

La información telegráfica recibida de Madrid durante la pasada noche dice que se da por seguro en los círculos políticos que los más significativos montañeses tenían el propósito de provocar una reunión de exministros liberales, disidentes del actual Gobierno, con el fin de revisar los poderes en virtud de los cuales el conde de Romanones actúa de jefe de partido. Y se decía que estaban conformes en acudir á esta reunión, y en la revisión dicha, personalidades tan significadas como los Sres. Gullón, Groizard, Echegaray, Sánchez Román, Burell y otros, pero la reunión no se ha verificado ni se sabe á ciencia cierta si llegará á celebrarse. Lo más probable es que todos y cada uno de los nombrados no se decida á ser el iniciador de aquella, que tendría gran importancia.

Los montañeses esperan. Se mantienen en una actitud expectante frente al desarrollo de la política y aguardan á que el Gobierno esté constituido, y á su primer acto, para saber á qué atenerse y ajustar su conducta á la del Gabinete.

Los ministeriales de buena fe están entusiasmados con la ratificación de poderes hecha por S. M. al conde. Pero al ver que éste no llevó á Palacio ayer tarde la lista del nuevo Gobierno, han comenzado á inspirar cierta vaga inquietud, muy bien puesta en razón, por lo demás.

Pregúntanse cándidamente: Si la lista de modificaciones era chica, ¿qué dificultades se oponen á que el presidente lo haya llevado al Rey? Nadie se contesta á tan sencilla interrogación; todos callan ante ella.

Lo indudable es que, pese á todo, el conde de Romanones tropieza con dificultades; lo indudable es que á cada ratificación de la confianza, le resulta al conde más difícil su labor... Y se habla de contrariedades... Si háblase de contrariedades y se asegura que la primera y no pequeña se la ha proporcionado al conde el Sr. Alvarez (D. Melquíades). Parece que á éste le ha parecido poco honesto que entrara á formar parte del Gabinete cierto diputado republicano, cuyo nombre está sonando todo el día.

Deshecha esta combinación, el conde ha dirigido sus miradas hacia el Sr. Cambó... Y el Sr. Cambó le ha dado la segunda desazón. Y lo delicado de la cuestión la ha agravado el Sr. García Prieto. Como es sabido, este estuvo más de una hora en Palacio, y conoció la proverbial delicadeza del marqués de Alhucemas, es indudable que estuvo en la regia Cámara llamado por el Rey...

Y por si faltaba algo, se aseguraba á primera noche que el Sr. García Prieto no ha hecho causa común con el Sr. Montero Ríos. Esto aumenta las dificultades, y esto viene á reforzar que la división en la mayoría es total, absoluta.

El Sr. Alba no estuvo esta madrugada en su despacho oficial. A los periodistas les recibió el presidente en su domicilio, y les dijo: «Ya tengo, señores, la lista del nuevo Gobierno, pero no la hago pública porque todavía no la conoce el Rey. Sólo diré á ustedes que entra un ministro nuevo, un exministro y que hay un cambio de cartera».

En efecto; el Sr. Navarro Reverter pasa al Consejo de Estado, el Sr. Ruiz Jiménez ocupará la cartera de Instrucción, el Sr. López Muñoz la de Estado y el Sr. Borbolla la de Gracia y Justicia.

La impresión dominante es que las Cortes no volverán á reunirse. Los gobernadores de Zaragoza y Jaén, montañeses muy calificados, han dimitido. Se dice que el conde de Romanones ha ofrecido la alcaldía de Madrid al Sr. Alcalá Zamora.

Ayer, á las seis y media de la tarde, se reunió en la sección tercera del Congreso la minoría de la Conjuración Republicano-Socialista. Media hora después salía el Sr. Miró, diciendo: Señores, la Conjuración ha quedado rota.

## España en Marruecos

La guerra  
Un despacho de Tánger dice que ha llegado un moro de Anghera, que ha manifestado que ha conyocada una importante reunión en el zoco el Jemis, á la que asistirán moros de diferentes kabilas con objeto de tomar acuerdos en vista de las circunstancias.

Las impresiones de dicho moro son pesimistas, pues cree que se trama algo contra nuestras fuerzas. Otro despacho dice que se encuentran en Tánger el jefe del zoco y otros moros notables, que quieren demostrar con su presencia allí que ellos son ajenos por completo á los sucesos que se desarrollan y puedan desarrollarse.

Otro moro amigo confía que aumenta la agitación en las kabilas fronterizas, y dice que cuando en un camino encuentran á algún moro, solo la sospecha de que pueda ser un espía les basta para condenarlo á muerte y ejecutarlo en el acto.

El mismo refiere que encontró á dos moros cargados de municiones, calculando que llevarían en dos mulos unos dos mil cartuchos. Interrogados hábilmente por él, le dijeron que dicha cartuchera la habían adquirido en Tánger, donde, ante ellos, se había ultimado un contrato de 4.000 cartuchos.

Un telegrama particular de Tetuán dice que se libró ayer un rudo combate en las cercanías de la población. Relacionando estas noticias con las recibidas de Arzila, puede deducirse que el movimiento rebelde obedece á acuerdos generales tomados por las kabilas en los zocos donde se reúnen sus representantes. La configuración obedece á la presión de los cañiques y á los rumores de que los españoles habían sido derrotados.

Se dá por seguro que los montañeses han recibido contingentes del interior, estimándose como deber ineludible del Gobierno el envío de todos los elementos precisos para solucionar el problema de la sumisión de los rebeldes.

Se dice que el ataque de los moros estaba acordado para el día 15, habiéndose anticipado. Comienzan á llegar noticias de Anghera, relativas al combate de ayer entre Gouta y Tetuán. Los angherinos tuvieron muchos muertos y heridos. En la posición donde sus proyectiles hicieron más daño fué en la de Montañegón.

Las últimas noticias afirman que en los contornos de Tetuán se sigue oyendo vivo cañonero. Ha llegado á Tánger el kaid Erremiki, acompañado de 30 notables de Tetuán, que se dirigen á dirigen á Alkazaz con instrucciones para el jálifa.

Hace días que no han concurrido vendedores de gallinas á los zocos. Tampoco se han puesto á la venta huevos ni otros productos que traían los montañeses. A consecuencia de ello, hay carestía de estos artículos. La población civil carece de harina para la fabricación del pan.

Las informaciones francesas dicen que las cifras de muertos y heridos moros en los últimos combates son elevadísimas, señalándose un minimum de 80. Noticias del mismo origen aseguran que la columna Silvestre estuvo el día 10 en el zoco Sherin. En previsión de un ataque, vivaqueó allí, dispuesta á salir al primer signo de combate.

Añaden que el día 10 cuatro columnas hicieron un reconocimiento alrededor de la plaza de Tetuán. Al regreso, un batallón fué atacado por los moros, no experimentando bajas. El enemigo tuvo dos muertos, nueve heridos y un prisionero.

A medida que nuestras fuerzas se acercaban á los adueros, los moros izaban bandos blancos. Entonces se les advertía la necesidad de impedir las fechorías de los merodeadores, para evitar el castigo colectivo. Otros informes de origen francés aseguran que el general Alfau ha prohibido la circulación por las calles de Tetuán después de las nueve de la noche. Han sido detenidos varios moros vestidos de mujer que se proponían pasar á cuchillo á la población cristiana. Los consultados están custodiados por las tropas españolas y los correos no pueden salir de la plaza por la inseguridad en los caminos. Termina diciendo que el pánico es inmenso en todo Tetuán.

## La guerra

En tanto los marineros del «General Concha» se defendían heroicamente contra la morisma, cuyo número aumentaba considerablemente. Una de las primeras víctimas mortales fué el comandante Sr. Castaño, que cayó con el pecho atravesado por un balazo.

Cuando llegó el cañonero «Lauria» al lugar del suceso nuestras bajas eran ocho muertos y dos oficiales y 14 marineros heridos, los cuales fueron trasladados al citado buque, mientras el resto de la tripulación continuaba el tiro.

Continuando el ministro de Marina su relato, dice que dispuso inmediatamente la salida del «Reina Regente» y del «Extremadura», y aunque el primero por su estado no podía hacer más de doce millas por hora, ordenó que forzara las máquinas á fin de que llegase al lugar del suceso á las dos de la tarde.

De Gibraltar comunican que el vapor «Salvatago Neva» volvió de Alhucemas sin poder poner á flote al cañonero «General Concha», por estar en posición difícil y lleno de agua. La tripulación del «Neva» cuenta que en la playa y en las alturas había numerosos moros, que hacían nutrido fuego de fusil contra el «Neva», obligándole á retirarse.

Los moros han saqueado el cañonero, matando á varios marineros. Dice la tripulación del «Neva» que se vió un bote que bogaba hacia la playa, en el que parecía que iban marineros prisioneros de la tripulación del «General Concha».

Protesta el «Neva» de que á pesar de haber dos buques de guerra españoles anclados en Alhucemas no acudieron á proteger contra la agresión de los moros. Se teme por la suerte que han corrido 12 tripulantes que fueron salvados por el aviso del naufragio de Alhucemas á dar aviso del naufragio del cañonero.

El primer telegrama oficial, facilitado á los periodistas á las diez de la noche, dice así: «El comandante general del apostadero de Cádiz al ministro de Marina: Telegrafía al comandante del cañonero «Lauria» que el «General Concha» está perdido totalmente sin remedio en la playa de Batic; que fué atacado por los moros que dominaban por completo la playa; que pudo recoger 63 hombres, 13 de ellos heridos, que remitió á Melilla por correo, sabiendo que hubo tres desaparecidos».

De los primeros fallecidos en cubierta de un buque en un ojo el comandante Castaño; está herido el alférez de navío Quevedo, y herido grave el alférez de navío Ramos Izquierdo. Han llegado de Alhucemas los cruceros «Pelayo» y «Reina Regente», que con su artillería de gran alcance cañonaron á los moros y los pusieron en fuga».

De Melilla comunican por correo que se ha confirmado que falleció en cubierta, a consecuencia de un balazo en un ojo, el comandante del cañonero; que resultaron heridos dos alféreces de navío, y que otro, el señor Ramos Izquierdo, fué hecho prisionero con algunos marineros.

Añaden que por el gobernador de Alhucemas se hacen gestiones para libertar á los prisioneros. Hubo 41 muertos, nueve prisioneros y tres desaparecidos.

En la inauguración de la primera Cantina Escolar. Con toda solemnidad y revistiendo el acto suma brillantez, se ha verificado hoy la inauguración de la primera Cantina Escolar, que ha sido instalada en las escuelas del Grupo Corvantes.

En el vestíbulo de dichas escuelas esperaban á los invitados la junta directiva de dichas Cantinas, formada por la presidenta doña Micaela Mingullón, secretaria doña Josefa Llanas, tesorera doña Matilde de Arnedo y vocal doña Consuelo Gómez Ferrer. Han asistido al acto la directora de las Escuelas doña Natividad Domínguez, el inspector D. Juan Patiño y gran número de maestros é invitados, entre los que recordamos, las señoras y señoritas doña Adelina Cortina, doña María Martínez, doña Josefa y doña María Carbonell, doña Emilia Deloitto, doña Julia Gutiérrez, doña Carmen y doña Juana Candial, doña Natividad Portillo, doña Rafaela Martínez, doña María Hernández, y doña Margarita Soler.

## Noticias militares

A files  
La noticia del día la constituye la orden circular del ministro de la Guerra recibida en Capitanía general, disponiendo sean llamados á filas todos los soldados que se hallan con licencia ilimitada y con licencias cuatrimestrales y trimestrales.

Consultas resueltas  
En virtud de consulta, se ha resuelto por el ministro de la Guerra que la ley de 15 de junio de 1912 creando las clases de brigada y suboficial en los cuerpos de Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros, no es aplicable á las clases é individuos de las banderas de cornetas, tambores y trompetas, músicos de primera, herradores, ni tampoco á los sargentos que no pertenecían á las armas antes indicadas.

Material  
Se ha ordenado al Parque militar de Sevilla remitir á de Valencia, para su entrega al 8.º montado de Artillería, cuatro cañones Sotomayor con sus cureñas y arzones, y tres carros de municiones Sotomayor con sus arzones.

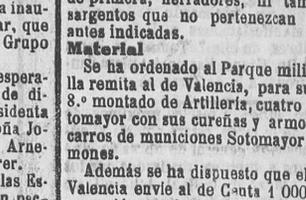
En Capitanía  
El despacho del señor Capitán general se ha visto hoy muy concurrido, asistiendo á la orden los señores primeros jefes de los cuerpos á quienes correspondía en el turno, acordado por S. E.

Servicio de la plaza para mañana  
Jefe de guardia, capitán D. Adelardo Grajera; parada, Guadalupe; jefe de día, comandante de Ombra D. Dámaso Jesús; imaginaria, otro del 11.º D. Enrique Costa; presidente de la junta de provisiones, teniente coronel de Ombra D. Ricardo Vazquez; visita de Hospital, cuarto capitán de Guadalupe; reconocimiento de provisiones, segundo de Victoria Eugenia; vigilancia especial, dos sargentos de Mallorca; escoltas y ordenanzas Victoria Eugenia.

Información municipal  
Ingresos ordinarios  
Ayer se recaudó por este concepto: Por carnes frescas y saladas, 4.527 pesetas. Por inspección veterinaria, 370'48. Por peaje, 86. Total, 4.983'48.

Aumento del precio del pan  
Parece ser que los maestros horneros están dispuestos á aumentar el precio del pan

Modelo de sombrero  
Es un sombrero de finísima paja con el ala levantada, adornado con dos alas blancas, sujetas con un nudo de terciopelo azul verde.



Noticias militares  
A files  
La noticia del día la constituye la orden circular del ministro de la Guerra recibida en Capitanía general, disponiendo sean llamados á filas todos los soldados que se hallan con licencia ilimitada y con licencias cuatrimestrales y trimestrales.

Consultas resueltas  
En virtud de consulta, se ha resuelto por el ministro de la Guerra que la ley de 15 de junio de 1912 creando las clases de brigada y suboficial en los cuerpos de Infantería, Caballería, Artillería é Ingenieros, no es aplicable á las clases é individuos de las banderas de cornetas, tambores y trompetas, músicos de primera, herradores, ni tampoco á los sargentos que no pertenecían á las armas antes indicadas.

Material  
Se ha ordenado al Parque militar de Sevilla remitir á de Valencia, para su entrega al 8.º montado de Artillería, cuatro cañones Sotomayor con sus cureñas y arzones, y tres carros de municiones Sotomayor con sus arzones.

En Capitanía  
El despacho del señor Capitán general se ha visto hoy muy concurrido, asistiendo á la orden los señores primeros jefes de los cuerpos á quienes correspondía en el turno, acordado por S. E.

Servicio de la plaza para mañana  
Jefe de guardia, capitán D. Adelardo Grajera; parada, Guadalupe; jefe de día, comandante de Ombra D. Dámaso Jesús; imaginaria, otro del 11.º D. Enrique Costa; presidente de la junta de provisiones, teniente coronel de Ombra D. Ricardo Vazquez; visita de Hospital, cuarto capitán de Guadalupe; reconocimiento de provisiones, segundo de Victoria Eugenia; vigilancia especial, dos sargentos de Mallorca; escoltas y ordenanzas Victoria Eugenia.

Información municipal  
Ingresos ordinarios  
Ayer se recaudó por este concepto: Por carnes frescas y saladas, 4.527 pesetas. Por inspección veterinaria, 370'48. Por peaje, 86. Total, 4.983'48.

Aumento del precio del pan  
Parece ser que los maestros horneros están dispuestos á aumentar el precio del pan



AGENCIA MENCHETA

MADRID 13, 14-80

La «Gaceta»

La oficial publica hoy lo siguiente: El conde de Romanones...

La prensa

«Elogia al Rey por haber confiado al conde de Romanones...»

En el ministerio de la Guerra

A la una de la tarde recibió el general señor Luque...

En la Presidencia

El señor conde de Romanones no ha accedido esta mañana...

En la Marina

El ministro de Marina se nos ha facilitado los siguientes despachos: «Comandante de Marina a ministro: El coronel Barrera me comunica que un bote del vapor «Vicente Sanz»...

Rumores graves

Circulan rumores de que el coronel señor Fernández Silvestre ha sido muerto en el combate...

Belmonte

El espada Belmonte ha sido visitado esta mañana por el Dr. Mascarell.

MADRID 13, 17-15

En la Presidencia

El señor conde de Romanones no ha accedido esta mañana a su despacho de la Presidencia.

MADRID 13, 18-15

Más noticias oficiales facilitadas en Guerra.

Comandante general de Melilla a ministro: «Acabo de visitar a los heridos del «General Concha»...

El Sr. Maura

El domicilio del Sr. Maura se ha visto hoy muy concurrido, con motivo de ser el santo de dicho ilustre político.

De Ceuta

Ayer y esta madrugada han circulado rumores graves acerca del número de bajas ocurrido en el combate para ocupar a Samsa.

De Cádiz

Llegan despachos de Alhucemas completamente mutilados por la censura, pero que permiten reconstituir en parte el relato de la pérdida del cañonero «General Concha».

Supervivientes y desaparecidos

Algeciras.—Los supervivientes del cañonero «General Concha» que se hallan a salvo, son: Condeable Antonio Noguera, carpintero Antonio Muñoz, segundo maquinista Rloz Saiz y cartero Luis Lara.

Últimas impresiones

A las cinco y cuarto de la tarde llegó el Sr. Brocas a La Granja.

DESDE BARCELONA

BARCELONA 13, 17-10. Movimiento del puerto

Entrados: Vapores «Nantik», de Portland; «Velázquez», de Gijón; «Pedro Pi», de Celta; «Francoll», de Alicante; «Montetoro», de Mahón; «Aznalzarache», de Marsella; «Jorge Juan», de Valencia; «Natalia», de Rouen; «Numancia», de Almería; «Mariana», de Nueva Orleans.

Felicitación

El general Aguilera, en representación de la guarnición, ha felicitado telegráficamente al general Weyler por la imposición del Tolsón de Oro.

La huelga de agrarios

Una comisión de patronos ha visitado al gobernador civil, entregándole una nota de las concesiones máximas que pueden hacer a los obreros.

Dimisión

Como amigo del Sr. Montero Ríos, el gobernador civil, Sr. Sánchez Anido, ha dimitido el cargo.

Consejo de guerra

Se ha reunido un Consejo de guerra para fallar la sumaria instruida contra el soldado de Alba de Tormes Domingo Teja, por insulto de obra a un cabo.

En cuarta plana

Crónica religiosa.—Tribunales.—Toros y toreros.

La columna formada al efecto tomó la posición del monte Laurient sin resistencia. El espíritu de la tropa es excelente, a pesar de llevar una noche y un día de rudo combate.

Evacuados los muertos y heridos, dejando municiones de guerra y boca. La columna al regreso fué atacada, haciéndonos las siguientes bajas: Cinco muertos de tropa. Cuatro oficiales y 18 soldados heridos. En la posición fué hecho prisionero un jefe, que estaba herido, y quien en su delirio decía que de 30 hombres que mandaba le mataron 18.

El enemigo tuvo bajas considerables. Ello explica que la acometividad fuera mucho menor al día siguiente. La noche pasó con tranquilidad. Hoy evacuamos los heridos. Preparo lo necesario para imponer duro castigo a varios aduanas. Ahora me comunican que resultó herido el jefe Beni-Omar. Hoy se le trasladará a su aduan. Ayer no hubo ninguna baja en los batallones de cazadores. La mayoría de las bajas son de las fuerzas indígenas.»

En Marina

El ministro de Marina se nos ha facilitado los siguientes despachos: «Comandante de Marina a ministro: El coronel Barrera me comunica que un bote del vapor «Vicente Sanz»...

En el Llano había varios moros, uno de los cuales, llamado Silvera, subió a un bote y se acercó a los marineros españoles confiando con ellos. Les dijo que los moros habían hecho prisionero a un cabo de mar. Como el casco del «General Concha» está muy cerca de tierra y dominado por los fuegos de los moros, no pudo intentarse acercarse al mismo sin realizar previamente un desembarco de importancia.

El coronel Barrera ha emprendido negociaciones para rescatar a los prisioneros. «Comandante de Marina a ministro.—El coronel Rosa, que iba en un bote hacia el sitio donde está embarrancado el «General Concha» encontró al vapor «Vicente Sanz», en el cual iba el coronel Barrera con 59 heridos.

Posteriormente fueron rescatados dos oficiales y un marinero heridos. De los oficiales, uno, el Sr. Quevedo, está herido levemente. A la hora en que este telegrama quedaba a bordo del «General Concha» el oficial señor Ramos Izquierdo, herido en ambos brazos, tres marineros heridos y tres leños. Como resultaba imposible trasladarles, quedaron prisioneros de moros amigos. El coronel Barrera trató de ponerse al habla con dichos moros para obtener el rescate de los prisioneros.

Trasbordó al «Vicente Sanz» y me trasladé a Alhucemas para proseguir adelante los trabajos. El cañonero «General Concha» se ha hundido por la popa. El «Lauria» quedó en aquellas aguas para contener a los moros y destruir a cañonazos al cañonero sumergido. Di la dotación del «Lauria» resultó también herido un marinero de los que iban en los botes a prestar auxilio a la tripulación del «Concha».

Todos los salvados tuvieron que ir a nado desde el cañonero embarrancado hasta los botes.»

MADRID 13, 18-15

Más noticias oficiales facilitadas en Guerra.

Comandante general de Melilla a ministro: «Acabo de visitar a los heridos del «General Concha»...

Son 16. A última hora se presentaron otros dos con heridas leves. A excepción de Antonio Mera, herido en la cabeza, y Emilio Vaqueiro, en el pecho, ambos graves, los demás no inspiran temor. Algunos presentan heridas de perdigones. La tripulación se portó bizarramente, rechazando el ataque de los moros.

El comandante Sr. Castaños fué muerto de un balazo en el pecho en el momento que estaba arregando a la tripulación. El «General Concha» se halla encallado en los acantilados de la costa. Desde las alturas los moros hacían nutrido fuego sobre la tripulación. Se registraron actos de verdadera ferocidad en los moros, los cuales arribaban a balazos a los que se asomaban por el solado. Al llegar me enteré de que los cruceros «Bazán» y «Lurta» quedan en aquellas aguas. Uno de estos cañoneros irá a Alhucemas para recibir órdenes.

—Ya veis, querido señor Staples, que la comedia ha terminado; solo que yo estaba en un pliegue de la manta, la cruzcita de diamantes. —Sí, eso es verdad, dijo Staples medio muerto de terror y dejándose caer en una silla. Y ahora qué debo hacer? exclamó, ¿qué debo hacer para salvar mi vida? decid!

—Primeramente, levantaos y escuchadme, si no sois el verdadero asesino. —No lo soy por mi alma, no lo soy! exclamó Staples. —Pues bien! repuse, si no lo sois, probablemente sois admitido como testigo en el tribunal. —No pido otra cosa. —Esperad, Staples, y acordaos sobre todo que no me comprometó a nada y que partimos de esta sola palabra: *Til vez*. —Lo que hagais estará bien hecho. —Pues bien! explicadme el plan concertado por vuestros cómplices para llevarse el botín. —Dentro de un instante van a subir al carro que han ido a buscar a Kendal; la plata está escondida en el bosque tallar que hay a la izquierda del camino; yo debo quedarme aquí de atalaya, y si se despiertan sospechas, encender y sacar dos velas a la ventana de nuestro dormitorio; luego en fin, si todo va bien, reunirme con ellos a un cuarto de milla del bosque, en la encrucijada. —Bien está, volved a la sala, yo os sigo. Advertid solamente que no os pierdo

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

había salido para hablar a Barnes. La casualidad nos sirvió a las mil maravillas; mi joven alto y rubio, aquel a quien el ventriloquismo de Barnes había sobrecitado los nervios, estaba aparte, cerca de la estufa, leyendo un diario. Ya he dicho que ese hombre era un antiguo conocido, y que habíamos tenido algo que arreglar los dos. Acérquemele y le dije: —Señor Dick Staples, tengo que decir una palabra en el aposento vecino. Le hablé con mi voz natural, y levanté la peluca para que no le quedase duda de quién era yo. Reconocíeme en efecto por uno de los agentes de elevado rango de la seguridad pública. Quedóse asombrado, absorto, estupefacto, y sus dientes empezaron a dar un con otro lleno de terror. Al reconocerme, comprendió que todo estaba descubierta. Los dos compañeros jugaban a los cientos para matar el tiempo, y no nos observaban. —¡Vamos! continué siempre en voz baja, no hay un instante que perder, querido señor Staples, si queréis salvar vuestra vida. —¡Oh! exclamó, no deseo otra cosa. ¿Qué debo hacer para eso? —Seguirme y decir la verdad. El joven obedeció. Condujele al aposento del lado, cerré la puerta, y sacando una pistola de mi bolsillo, se la apunté al pecho diciéndole.

interior, y encontrasteis el medio de ocultar, en un pliegue de la manta, la cruzcita de diamantes. —Sí, eso es verdad, dijo Staples medio muerto de terror y dejándose caer en una silla. Y ahora qué debo hacer? exclamó, ¿qué debo hacer para salvar mi vida? decid!

—Primeramente, levantaos y escuchadme, si no sois el verdadero asesino. —No lo soy por mi alma, no lo soy! exclamó Staples. —Pues bien! repuse, si no lo sois, probablemente sois admitido como testigo en el tribunal. —No pido otra cosa. —Esperad, Staples, y acordaos sobre todo que no me comprometó a nada y que partimos de esta sola palabra: *Til vez*. —Lo que hagais estará bien hecho. —Pues bien! explicadme el plan concertado por vuestros cómplices para llevarse el botín. —Dentro de un instante van a subir al carro que han ido a buscar a Kendal; la plata está escondida en el bosque tallar que hay a la izquierda del camino; yo debo quedarme aquí de atalaya, y si se despiertan sospechas, encender y sacar dos velas a la ventana de nuestro dormitorio; luego en fin, si todo va bien, reunirme con ellos a un cuarto de milla del bosque, en la encrucijada. —Bien está, volved a la sala, yo os sigo. Advertid solamente que no os pierdo

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos trasladamos a la cárcel de Kendal, en donde tuve el honor de hospedarles a eso de las once de la noche. Esta noticia se espació con la rapidez de una chispa eléctrica, y el interés que inspiraba Roberto Bristowe era tal que desde el día siguiente llovieron sobre mí las felicitaciones de toda la ciudad. Pero la más dulce recompensa que tuve por la manera con que llevé a cabo este asunto, fué el reconocimiento del pobre anciano que, viendo en mí al salvador de su sobrino, corrió a mi casa para asegurarme de la verdad de la narración que se había hecho, y que, cierto de que Roberto era inocente y estaba salvado, llamó todas las bendiciones del cielo sobre mi cabeza. En la mañana del día siguiente, el señor Roberto Bristowe fué puesto en libertad; a Staples se le admitió en el tribunal como a testigo; Williams, el verdadero asesino, fué ahorcado, y el otro deportado, se encontró una parte de los valores robados, y el caballero de industria que, para favorecer la perpetración del crimen, había inducido al señor Bristowe a seguirle a Bristol, arrestado por otro delito anterior a éste, fué deportado a Nueva Holanda.

VI LA VIUDA

Durante el invierno del año 1837; mi

de vista, y recordad que a la menor señal de traición os mato como a un perro. Staples entró y yo le seguí. Nuestra ausencia no había sido notada. Diez minutos después, los dos asesinos partían en el carro. Barnes, Staples y yo les seguimos a la sordina. Para mayor seguridad, Staples llevaba esposas y había sido puesto bajo la vigilancia de un mozo de cuadra, que por entonces le empleé en servicio del Estado. La noche era de las más oscuras, y el ruido de nuestros pasos lo sofocaba el que hacían las ruedas del carro. El carro se detuvo por fin, y nuestros dos hombres salieron de él, ocupándose sin perder tiempo en trasportar al mismo la plata robada. Por nuestra parte, nos acercamos a paso de lobo, y pronto estuvimos a dos pasos del sitio en donde estaba el escondite. —Entra en el carro, dijo uno de los dos bandidos al otro, y yo te pasaré los objetos. Su compañero obedeció. —¡Oh! ¡qué es eso! grito el primero, creía haberte dicho... —Que estais preso! exclamé yo terminando su frase por él y sujetándole con violencia. —Eh! ¿quién hay? exclamó el del carro. —Hay, dijo Barnes, que si hacéis un movimiento, si os meneáis lo más mínimo, os levanto la tapa de los sesos. Su espanto fué tan grande, que no intentaron hacer resistencia ni escapar.

Los maniatados al instante y nos aseguramos de sus personas. Lo restante de la plata fué colocada en el carro, y nos

